



García, Carlos y Greco, Martín (2017)

La ardiente aventura. Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, director del periódico

Martín Fierro

Madrid

Albert editor

605 páginas

Una vindicación de Evar Méndez

Mariela Blanco¹

Alfonso Reyes, responsable de la colección Cuadernos del Plata de Editorial Proa (1929-1930) junto a Evar Méndez, se refiere a su compañero de tareas como “poeta de los libros, mucho más que editor, puesto que se arruina gustoso por publicar libros exquisitamente, gastando en ello lo que no tiene (77).” Ese título de “poeta de libros” sirve para vindicar a esta figura

libro. Carlos García y Martín Greco presentan, en estas más de 600 páginas, el resultado de una ardua tarea de recolección y estudio de este escritor, pero –sobre todo– emprenden la necesaria labor crítica de reconstruir la trayectoria de este poeta, periodista y editor de textos propios y ajenos.

Tal como deja entrever el subtítulo, “*Cartas y documentos inéditos de Evar Méndez, director del periódico Martín Fierro*”, el libro es el resultado de

reconocida, hasta la aparición de este

de quince años, y meticoloso trabajo de archivo, de esos que hoy en día revelan los más valiosos aportes en el campo disciplinar de las letras, particularmente en nuestro país. De este modo, por más que abunden estudios sobre *Martín Fierro*, este libro resulta

¹ Investigadora adjunta del CONICET y docente del área de Literatura argentina en la UNMDP. Desarrolla sus investigaciones en el CELEHIS y dirige el grupo de investigación “Escritura e invención”. marielacblanco@yahoo.com.ar

ineludible en tanto repone las condiciones ideológicas y materiales a través de las cuales confluyeron y se difundieron las manifestaciones artísticas de uno de los movimientos de vanguardia más importantes del Río de la Plata.

Precisamente por tratarse de un tema de tanta envergadura, este libro enfrenta un gran desafío: deshacer ciertos mitos de la crítica. En este sentido, una de las ideas fuerza del libro se orienta a revertir las versiones cristalizadas en torno al cierre del periódico. Para eso, nada más contundente que la recopilación y análisis de fuentes hasta ahora desconocidas e inéditas que este trabajo ofrece de manera generosa.

Este volumen monumental se divide en cinco capítulos. El primero se compone de 342 cartas rigurosamente datadas (excepto 3 que no fue posible fechar), entre 1907 y 1954. La riqueza de este acervo radica en el dialogismo en tanto incluye tanto cartas de Méndez como, en muchos casos, sus respuestas. Al mismo tiempo, se reproducen invitaciones, noticias, artículos y manifiestos que permiten reconstruir las redes intelectuales del primer movimiento de vanguardia del siglo XX. El segundo capítulo compila ensayos, artículos y escritos autobiográficos del autor que contribuyen también a dilucidar sus convicciones estéticas. El tercero ofrece una antología de su poesía, de difícil acceso por su falta de reediciones. La cuarta parte reúne testimonios sobre su figura y su poesía, entre los que se destacan los de Ricardo Rojas, Roberto Giusti, Macedonio Fernández, Raúl González Tuñón, Norah Lange, Manuel Gálvez, entre otros innumerables intelectuales del campo del período. El quinto y último capítulo es una cronología que condensa los hechos

biográficos de mayor incidencia en su faceta de agente cultural, seguida de una bibliografía que permite ordenar su vasta producción como poeta, periodista y ensayista. Por último, se presenta una nómina de los ejemplares de su biblioteca, con las transcripciones de las dedicatorias correspondientes.

Dejo deliberadamente para el final de esta enumeración de los variados materiales que componen el libro, la mención de su valiosísimo “Estudio preliminar”. Es en este comienzo que los autores restituyen minuciosamente el lugar de Méndez como “organizador cultural”, tal como lo reconocieron sus contemporáneos. Además, se detienen aquí a revisar muchas creencias y versiones que contribuyeron a relegar al escritor mendocino de un espacio más protagónico en nuestra historia literaria, incluso en la transición entre el modernismo y la vanguardia. Para eso, enfocan su trabajo estudiando tanto las condiciones materiales, cuanto su orientación ideológica, reubicándolo en la fila de los intelectuales que contribuyeron a la profesionalización del escritor.

Aquí es donde se vuelve significativa esa pugna con los equívocos cristalizados por la historia literaria, empezando por lo que ellos mismos reconocieron como un punto de partida erróneo, al haber considerado al inicio de su investigación que Méndez era “un intelectual aristocrático que desdeñaba el público y la plebe” (8), premisa que se encargan de desmontar a partir de sus intervenciones públicas.

Una de las primeras aclaraciones proviene de encuadrar *Martín Fierro* dentro de un necesario y adecuado enfoque que atiende al tipo de publicación. Tanto por su periodicidad, por su formato, número de tirada y por las

funciones de sus responsables, García y Greco demuestran que se trata de un “periódico”, y no de una “revista”, como suele llamárselo. Esta salvedad traspasa el ámbito de lo nominativo; me parece fundamental para la tarea de restituir el objeto a su contexto atendiendo a su circulación. Así, esta manifestación vanguardista es desprovista de su halo de elitismo para ser estudiada como un fenómeno de masas:

El *periódico barato* y el libro serán los dos ámbitos de la actividad editorial de Evar Méndez. En el ámbito editorial explicará “el designio de *abaratarse el libro nacional*, revolucionando el mercado al lanzar a la plaza ediciones al menor precio posible”, para “llevar a la *gran masa de público* la obra de los martinfierristas, producción de índole popular” (“Editoriales Proa y Martín Fierro”) (42, subrayado en el original).

Desde 1911, Méndez combinó la actividades periodísticas con un puesto en la administración pública; primero en Aduanas, luego en un puesto en la Secretaría de la Presidencia de la Nación, lugar desde el que se origina el equívoco de la crítica respecto de su supuesta afinidad con el gobierno de Alvear. El rastreo de las fuentes que dan cuenta de estas circunstancias tiene dos implicancias: 1. desmentir el supuesto financiamiento de Alvear del periódico, 2. exponer las verdaderas causas ideológicas que llevaron a la disolución de *Martín Fierro*.

Respecto del primer equívoco, el libro ofrece un recorrido por las formas que ensayó Méndez para conseguir financiamiento. “La administración de *Martín Fierro* implica ocuparse de la gerencia, la publicidad, los asuntos legales, la relación con accionistas, suscriptores y colaboradores” (55). Todas estas actividades estuvieron bajo la égida de este incansable agente cultural. A partir de estos datos, los investigadores retoman interrogantes interesantes sobre el origen de la asociación con la calle Florida que se le adjudicó a esta formación discursiva, el número real de tirada del periódico o las disputas internas, entre otros. Los documentos recopilados son abundantes para concluir que el periódico se financió a través de aportes de socios (se destacan los de Gironde), suscriptores y, cuando estos fondos eran insuficientes, a través de la intervención del propio Méndez, que llegó a estar muchas veces endeudado por este motivo.

En cuanto al cierre del periódico, logran desmontar el lugar común que ancla los motivos en disensos políticos. De un modo casi detectivesco, García y Greco montan el apartado “Quiebra del boliche vanguardista” reconstruyendo la secuencia de hechos que conducen a este final. Fue Gironde uno de los primeros en explicar la grieta a partir del apoyo a la candidatura para la segunda presidencia de Irigoyen. Recordemos que Borges y Marechal, junto a Francisco Bernárdez, formaron por esos años el “Comité Irigoyenista de Intelectuales Jóvenes”. Sin negar el peso de este hecho, los documentos recopilados por los autores demuestran que la disyunción con estos jóvenes no fue solo política, sino que obedeció también a disidencias religiosas. Tal es así que el último número viene a

exponer el fuerte cruce con Benarés, férreo defensor de los valores católicos y nacionalistas, en contra de lo que Méndez considera el “espíritu martinfierrista”. El cruce redundaba en una renuncia masiva que deja al director sin modo de concretar el número 46 ya anunciado en la última entrega, que prometía un homenaje a Ricardo Güiraldes. Cabe destacar que la arena de lucha fue siempre el ámbito de lo público, en tanto la furia de Méndez se expresa en la “Aclaración” de esa última entrega, así como los jóvenes Borges, Marechal y Bernárdez dejan asentado su alejamiento en el diario *Crítica* del 5 de enero de 1928. Cabe destacar que los firmantes se autoproclaman como “directores de la revista *Proa*”, anunciando una próxima aparición que no llegaría a concretarse. De este modo, García y Greco concluyen que fueron varias las causas que contribuyeron a esta disolución: “las diferencias políticas y religiosas; la dispersión del grupo, por enconos personales, viajes o empleos; el aislamiento y el cansancio del director ante la falta de colaboradores; la escasez de medios y la quiebra de Evar Méndez, sin duda, como uno de los motivos principales” (85).

La inclusión de la variable religiosa dentro de este análisis resulta altamente relevante en cuanto también operó como factor de disyunción dentro del trío disidente; me refiero al posterior alejamiento de Borges de otra empresa anunciada, la revista *Libra*, que inicialmente había sido anunciada como un emprendimiento del trío y del que finalmente Borges se alejaría por su aversión al catolicismo, por esos años

estrechamente ligado al credo nacionalista.²

El análisis de su poesía también resulta relevante en tanto muestra un cultor del modernismo, que buscó incansablemente el reconocimiento de los popes, como Leopoldo Lugones. Según García y Greco, “gran parte de la ambivalencia del periódico *Martín Fierro* hacia Lugones tiene su explicación en esta devoción juvenil de su director” (17). Un impulso similar la orienta a la búsqueda incansable del reconocimiento de Ricardo Rojas, quien le abre las puertas del mundillo literario del momento. A partir de estos primeros pasos, los investigadores narran las peripecias del joven poeta combinando minuciosidad con soltura narrativa; en efecto, este apartado biográfico resulta apasionante en tanto focaliza en disputas como la que lo enfrentó con Enrique Banchs por la primacía del campo poético. Problemas económicos y personales obligaron al poeta a dilatar la publicación de su primer poemario, *Palacios de ensueño* (1910), que parece haber nacido bajo un signo aciago. Las cartas y demás documentos reunidos permiten seguir el itinerario del tormento que todas estas desventuras causan en Méndez. Se agrega a esto el pedido de prólogo que le hizo a Rojas, que parece

² Para profundizar este tema, cfr. García, Carlos. “Evar Méndez y el final de *Martín Fierro*: leyendas y verdades”, *Archivo Histórico de Revistas Argentinas* [en línea]. Dirección URL: <http://www.ahira.com.ar/textos/estudios/Garcia-EvarMendezyelfinaldeMartinFierro.pdf> [Consulta: 24 de noviembre de 2017]. Por otro lado, analizo esta disyunción en mi libro de próxima aparición: Blanco, Mariela (2019). *Invención de la nación en Borges y Marechal. Nacionalismo, liberalismo y populismo*. Villa María: eduvim. La revista *Libra* publica un solo número en 1929, bajo la dirección de Bernárdez y Marechal.

haber causado incomodidad en el ya renombrado escritor desde un primer momento. Así, aceptó la tarea a condición de que se expediría “absolutamente ajeno a toda complacencia” (22). El prólogo resultó muy lejos de las loas acostumbradas; por el contrario, por momentos se vuelve admonitorio contra el propio autor. No obstante, el escritor mendocino cumplió su promesa de incluirlo. El resto de las críticas no resultaron más favorables.

Luego de ese traspie inicial, las energías de Méndez se volcaron hacia otras tareas: el periodismo y, particularmente, el ejercicio de la crítica teatral, que se constituyeron en su principal fuente de trabajo. Desde este nuevo espacio, amplió su círculo de relaciones y comenzó a tomar contacto con manifestaciones artísticas de vanguardia, así como a participar de actividades gremiales de escritores y periodistas. No obstante, su segundo poemario, *Las horas alucinadas* (1924), no abandonó el tono modernista de su predecesor. Los autores recortan con mucho tino los pasajes en donde la voz de Méndez deja entrever la contradicción que lo aqueja: “Yo había impulsado, pero no evolucioné”, reconoció posteriormente, en 1948 (38). De este modo, otra de las ideas fuerza del libro es la paradoja que atormentó a esta figura anquilosada en una concepción demodé de la poesía, al mismo tiempo que promovió las más renovadoras manifestaciones de la vanguardia.

Sorprende la cantidad y variedad de archivos consultados para recopilar y dar a conocer este material hasta hoy en su mayoría inédito. En este sentido, no dudo de calificar este libro como una labor de rescate. Por tratarse de la publicación más emblemática de nuestra

vanguardia, esta vindicación de su artífice principal constituye un aporte invaluable que se destaca por la puesta en práctica de una metodología de búsqueda e interrogación de los archivos impecable.